

ma, como la expresion de hijitos, que nos revela una ternura inmensa, que el hombre no comprende ni merece: ¿qué dirémos del Hijo de Dios que nos trata de este modo? ¿dónde puede hallarse el corazon que no le ame? y ¿quién, pensando en esto, y recordando las palabras de San Pablo: Así como hemos llevado la imágen del hombre terreno, llevemos tambien la imágen del hombre celestial; (1) ¿quién no deseara ser transformado en la misma imágen del Hijo de Dios? y ¿quién no siente el más vivo y profundo regocijo al pronunciar estas palabras: Somos ya hijos de Dios, hijos del Padre..... Sabemos que cuando se manifestare claramente Jesucristo, serémos semejantes á Él, porque lo verémos cómo Él es, cara á cara. (2)

¿Qué dirémos, otra vez preguntamos, del Hijo de Dios? Que es nuestro amado, nuestro hermano querido, y dulcísimo Padre; que si hay por desgracia corazones que vivan sin Él, con su gracia divina nosotros jamas dejarémos de amarle. Por Él suspiramos; Él es nuestro gran pensamiento, nuestro afecto sagrado, el contento, el consuelo, la paz, la dulzura, y el júbilo ardiente y divino que encanta nuestra alma, y nos hace dichosos. Nada hay en el mundo, nada hay en el cielo que amemos sin Él; buscamos su rostro, pedimos su amor, y en Él esperamos, alegres diciendo: Tú eres mi única esperanza, mi herencia dichosa en la tierra de los vivientes. (3)

(1) I. Cor. XV. 49. (2) I. Joann III. 2. -Beda ap. Scio. (3) Ps. CXLI. 6.

## CAPÍTULO XVI.

## NOMBRES DE LA TERCERA PERSONA DE LA

## SANTÍSIMA TRINIDAD.

## § I.

El Espíritu Santo, el Amor Divino, el Don de Dios. Estos tres nombres que damos á la Tercera persona de la Santísima Trinidad, nos inspiran los más hermosos y elevados pensamientos, y conmueven santamente el corazon. Dios es Espíritu, y los que le adoran, deben adorarlo en espíritu y verdad. (1) El Espíritu Santo es Dios, y nosotros queremos adorarlo en espíritu y verdad. ¿Hasta dónde será indispensable remontarnos, para rendirle la más tierna y humilde adoracion? Que Él mismo por su inefable bondad, extienda su mano divina sobre nosotros, y nos tome y levante en espíritu entre el cielo y la tierra, y nos lleve á Jerusalem, á la vision de santa y dulce paz, á contemplar allí las maravillas y grandezas que se encierran en los gloriosos nombres que le damos. (2) Mas ¿cómo pedir tan excelentes dones, cuando apenas somos miserables gusanillos que nos vamos arrastrando por el suelo; hombres despreciables que no merecemos la atencion de los demas; que debemos confundirnos de nuestra osadía en tratar tan profundas materias, tal vez creyendo, que al pensar en ellas, las hemos comprendido, ó que

(1) Joann IV. 24. (2) Ezech. VIII. 3.

todo el mundo nos entiende cuando hablamos? (1)

Sentiamos oprimida el alma bajo el peso de nuestra miseria inmensa; y era indispensable confesar que somos nada; y que tan sólo el amor que tenemos al Espíritu Divino, nos hace ocuparnos en el asunto que tratamos; y nos da confianza de que Éste mismo Espíritu por cuya gloria suspiramos, nos dará la fuerza que hemos menester.

El Espíritu es el que da la vida; (2) y con su gracia entramos desde luego en esa hermosa region que llamamos la gloria del Espíritu Santo.

Damos el nombre de Espíritu Santo á la tercera persona de la adorable Trinidad; y tal nombre le conviene propiamente, en cuanto es espirada, y espirada por la voluntad divina, de donde proviene toda santidad; pues tanto en la Escritura, como en los Padres, se le da ese nombre, por oposicion á las otras dos personas. Antes de subir á los cielos el Divino Salvador dijo á sus apóstoles: Id é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. (3) Y aunque el Padre es Espíritu, y el Hijo lo es tambien; y el Padre es santo; y el Hijo es santo, con todo, sólo la Tercera Persona se llama propiamente Espíritu Santo. (4)

Es propio de esta Divina Persona ser pasivamente espirada. El nombre, pues, de Espíritu en tal sentido, nos revela su relacion con aquellas de quienes procede. (5) Relacion admirable, que en medio de su profunda oscuridad nos está indicando, una grandeza infinita, y una infinita y soberana majestad; pues el Espíri-

(1) D. August. In Joann. Trac. 36. (2) Joann. VI. 4.—D. Basilius. De Spirit. Sanct. c. 24.—II. Cor. III. 6. D. Aug. L. V. Cont. Maximin c. 3. (3) Matth. XXVIII. 19. (4) D. Ambros. In simbol. Apo. c. 1.—August. De Trinit. L. 15. c. 19. (5) Gonet, Charmes.

tu Santo recibe del Padre y del Hijo, la divina esencia, y es un mismo Dios con ellos.

¿De qué se gloria Dios sino de ser un Espíritu elevado y purísimo? y ¿no es una fuente de divinas y eternas delicias para ese Dios inmenso y eterno, la santidad que atesora en su divino seno? Ved, por tanto, la gloria y las riquezas y la fuente de toda delicia, como recogidas en el Espíritu Santo.

¿Qué adoraciones no debemos, rendirle, pues, al contemplar tantas maravillas y grandezas, y tan admirable y bella elevacion, y santidad tan perfecta, como nos revela su propio nombre, Espíritu Santo?

Preciso es por lo mismo, elevarnos sobre la carne y la sangre, sobre todo lo visible, sobre los ángeles, y llegar hasta el mismo Dios, al Padre y al Hijo de quienes procede Aquel Divino Espíritu. ¿No veis ese admirable resplandor que sale de los labios de uno y otro, del Padre y del Hijo? ¿no sentís ese impulso adorable y soberano, que se llama Espíritu? Bajad, bajad vuestros ojos, y hundid vuestra alma en el polvo: es la hora de rendir á Dios la más humilde adoracion, de amarle y bendecirlo, reconociendo nuestra nada. Bendecirlo, amarlo, sí, porque es santísimo y excelso, porque es el Espíritu Divino y adorable que procede del Padre y el Hijo. Brilla en ese Espíritu la santidad de Dios, y aquella elevacion inaccesible que nos obliga á reconocer su infinita grandeza. Y cuando despues de lo dicho, recordamos estas palabras: Vendrá sobre ti el Espíritu del Señor, y quedarás mudado en otro hombre; (1) no sabemos cómo entender aquella dignacion

(1) I. Reg. X. 6.

tan admirable y generosa, y este cambio tan radical y verdadero. Mas no impide la ignorancia que sintamós los dulcísimos impulsos, las emociones divinas con que el Espíritu Santo nos eleva hasta el Padre y el Hijo: y ved aquí otros motivos por qué le llamamos Espíritu: sus dones nos elevan y hacen en cierto modo, espirituales: El hombre animal, decia San Pablo, no percibe aquellas cosas, que son del Espíritu de Dios: pues para él todas son una locura, y no puede entenderlas: por cuanto se juzgan espiritualmente. El espiritual juzga todas las cosas y él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conció el consejo del Señor para darle instrucciones? Mas nosotros tenemos el Espíritu de Jesucristo. (1)

Es propio del amor inclinar la voluntad del amante y llevarlo á su amado; y esta secreta mocion, y este impulso amoroso le llamamos Espíritu, á semejanza del viento, que tiene el mismo nombre y significa impulso y mocion en las cosas corporales. (2)

La santidad, nos dice el Ángel de la Escuela, se atribuye á las cosas que se ordenan á Dios; y como la Tercera Persona procede por modo de amor con que Dios se ama, convenientemente le llamamos Espíritu Santo. (3)

Siendo esta Divina Persona, comun al Padre y al Hijo, con propiedad la llamamos Espíritu Santo, porque el Padre es Espíritu, y el Hijo es Espíritu, el Padre es Santo y el Hijo es Santo. (4) Tal nombre nos revela por lo mismo, que la Tercera Persona es la inefable comunión del Padre y del Hijo, (5) y ved aquí

(2) I. Cor. II. 14, —16. (3) D. Th. p. 1. q. 36. a. 1. (4) D. Th. cit. [5] D. August. cit. [6] Id. de Trinit. 5. 12

cuánta elevacion y grandeza descubrimos en ese nombre adorable; y cuánta dulzura y consuelo derrama en nuestras almas. Mas no sólo esto; ¿no podriamos llamarle tambien, nuestra comunión con el Padre y el Hijo? Los que viven segun la carne, no pueden agradar á Dios. Pero vosotros no vivís segun la carne, sino segun el espíritu; si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Que si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece. [1]

Y la vida de que hablamos está rebotando en divinas delicias: Los que viven segun la carne tienen sus placeres en las delicias carnales; mas los que viven segun el espíritu, gustan consuelos y dulzuras verdaderamente del cielo. (2)

Llamamos santo lo que es puro y limpio, lo que consagramos al culto divino; y por último, lo que está confirmado en el bien; (3) y por estos tres hermosos títulos, apropiamos á la tercera persona el nombre de Espíritu Santo. ¿No es Él, por ventura, quien purifica nuestras almas del pecado, nos desprende de la tierra, y adorna y embellece nuestras almas, con los dones de su gracia? Asimismo, Él es quien nos hace templos vivos del Señor. ¿No sabeis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (4) Y Él es, finalmente, quien nos confirma y sostiene en la gracia recibida: Dios, decia San Pablo, os conceda segun las riquezas de su gloria, ser fortalecidos por medio de su Espíritu en virtud, en el hombre interior. (5) De esta fuente divina los profetas reciben su luz, los reyes la unción, el orden los sacerdotes,

[1] Rom. VIII. 8, 9. [2] Id. v. 5. (3) D. Th. Comp. Theol. c. 74. (4) I. Cor. III. 16. (5) Ephes. III. 16.

y los doctores la ciencia: por este Espíritu las iglesias son santificadas, se fundan los altares, se consagra el bálsamo, se purifican las aguas, huyen los demonios, los males se retiran, y los pecadores son reconciliados. (1)

Finalmente, sabemos que el Hijo es la imagen perfecta del Divino Padre; mas en cuanto á la Tercera Persona, Ésta nos revela en su mismo nombre, la unidad de su principio; y ¿de qué manera? no como imagen, pues si bien es cierto que el mismo Hijo no es más semejante al Padre que el Espíritu Santo; (2) con todo, en la procesion de Esta Divina Persona, no se atiende la razon de semejanza, sino de impulso y mocion; puesto que la voluntad se pone en acto, no porque en ella se halle alguna semejanza del objeto amado, sino por su inclinacion hácia este mismo objeto. [3]

Así el nombre del Espíritu Santo, tiene una belleza deslumbrante; y al pensar en él, nuestras almas quedan inclinadas dulcemente hácia el Padre y el Hijo, y hácia el mismo Espíritu que nos lleva á su divino y eternal principio. Ya no dirémos como en otro tiempo el Santo Job, por ser diferentes nuestras circunstancias: Señor, haces alarde de tu poderío contra una hoja que arrebatara el viento, persigues una paja seca; (4) que si bien es un acto del poder divino llevarnos al Señor, lo es también de su bondad suprema; y no es enemigo quien así nos trata; sino el más tierno y compasivo amante de nuestra alma. ¡Ah, que ese viento impetuoso nos lleve entre sus alas; y nos persiga, si lí-

(1) Chrysost, homil. 2. De Spiritu Sancto.—Gonet. (2) D. Th. p. 1. q. 36. a. 4. Ad Tertium. (3) Id, q. 27. a. 4. (4) XIII. 25.

cito es decirlo, en todas partes, y no nos deje descansar, sino en su mismo seno! que derrame la inquietud y el descontento, en nuestras sendas, si buscamos los placeres de este mundo; y proyecte en todas ellas, las sombras de tristeza y del dolor, para exclamar con el Profeta Rey: Mi espíritu padece terribles angustias; está mi corazón en continua zozobra. Mas luego me acordé de los días antiguos: me puse á meditar todas tus obras; ponderaba los efectos maravillosos de tu poder. Levanté mis manos hácia Ti: como tierra falta de agua, así suspiro por tu santo amor. Óyeme luego, Dios mío: mi espíritu ha desfallecido. No retires de mí tu rostro; para que no haya de contarme ya entre los muertos. (1)

No pondremos tampoco en nuestros labios, estas palabras del mismo Job: Todas las saetas del Señor están clavadas en mí; su indignacion apura mi espíritu, y los terrores del Señor combaten en mí contra; (2) porque hablamos nosotros de saetas de amor; y esos terrores son fuentes de salud y divina bendicion. ¿No veis que nos apartan de la senda de los crímenes, y nos hacen volvernos al Señor? Y Dios entonces calma las tormentas del espíritu y nos da la paz que sólo en Él podemos encontrar, y nos dice estas bellísimas palabras: No consiste el reino de Dios en el comer, y en el beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo; pues el que de esta suerte sirve á Cristo, agrada á Dios, y tiene la aprobacion de los hombres (3)

La justicia, la paz, y el gozo del Espíritu Santo: la

[1] Ps. CVLIII. 4, 7. (2) VI. 4. (3) Rom. XIV. 17, 18.

justicia nos eleva, la paz dilata el corazón en el seno del Señor; y el gozo cual torrente de delicias nos inunda. ¿No están, por cierto, bien pagados los temores y congojas que sufrimos en la vida por causa del Señor? A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron mi alma de alegría. Trocaste mi llanto en rego ijo, rasgaste mi cilicio y me revestiste de gozo: á fin de que sea mi gloria cantar tus alabanzas, y nunca tenga ya más sufrimientos: Oh Señor Dios mío! yo te alabaré sin descanso, eternamente. (1)

## § II.

El amor es otro de los nombres que damos con propiedad al Espíritu Santo, porque es el término subsistente y personal del mútuo amor del Padre y del Hijo. Y siendo término de la acción de la voluntad, convenientemente le llamamos amor, peso y soberano impulso hácia el objeto amado. (2)

También por su misma operación le conviene ese nombre, porque nos hace amantes, derramando la caridad en nuestras almas. Tenemos, decía San Bernardo, un firmísimo y doble argumento del amor que Dios nos tiene. Jesucristo muere por nosotros, luego merece ser amado. El Espíritu Santo nos abrasa con ardiente y dulce llama, y nos hace amar. Las obras de Jesús nos obligan á amarlo; el fuego del Espíritu Divino produce ese amor. Jesús recomienda en nosotros su caridad; el Espíritu Santo la derrama en el alma. Descubrimos en Jesús el objeto que hemos de

(1) Ps. XCIII. 19.—XXIX. 12, 13. (2) Charmes, Gonet.

amar; tomamos del Espíritu Divino el fuego y las llamas: del primero es el motivo de la caridad, del segundo su amoroso y dulce afecto. (1)

Por lo expuesto se deja comprender, que el nombre de amor es propio del Espíritu Santo cuando lo entendemos personalmente, según que nos indica la relación de la persona que procede por modo de amor, con su principio; (2) mas si lo entendemos esencialmente, según que muestra nada más, la relación del amante hácia el amado, es nombre comun á toda la Santísima Trinidad.

Hallamos en la divina Escritura el nombre de amor, apropiado al Espíritu Santo. Carísimos, decía San Juan, amémonos los unos á los otros, porque la caridad procede de Dios. Y todo aquel que ama es nacido de Dios, y conoce á Dios. El que no ama no conoce á Dios: porque Dios es caridad. (3) En estas palabras se nos dice que el amor, á quien se llama Dios, procede de Dios. No se habla, pues, del Divino Padre, que de nadie procede; mas ¿podrá hablarse del Hijo de Dios que procede del Padre? Queda contestada esta pregunta con las siguientes palabras del mismo apóstol: la caridad de Dios hácia nosotros se ha manifestado, en que envió á su Hijo Unigénito al mundo, para que por Él tengamos la vida. Esto nos revela el amor que nos tiene el Padre y nos está diciendo que nos amemos mútuamente; y de esta suerte, Dios permanezca en nosotros, Dios que es amor: En esto conocemos que vivimos en Él, y Él en nosotros, porque nos ha comunicado su Espíritu. Este

(1) Epist. 107. Ap. Gonet. (2) Billuart. (3) I. IV. 7, 8.

Espíritu, por tanto, nos hace permanecer en Dios, y á Dios en nosotros; mas esto lo hace el amor. El Espíritu Santo es por lo mismo ese Dios Amor, Caridad.

Dios es amor, repite San Juan, y añade: El que permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él. Y ántes habia dicho: Conocemos que vivimos en Dios y Dios en nosotros, porque nos ha comunicado su Espíritu. Luégo este mismo Espíritu es al que designan estas palabras: Dios es amor. Así Dios Espíritu Santo, que procede de Dios, al ser dado al hombre, lo enciende en el amor de Dios y del prójimo.

Ni tiene el hombre de donde pueda amar á Dios, sino de Dios mismo. Por esto, añade San Juan: Amémosle, porque Él nos amó el primero. Y San Pablo: La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. (1)

¿Qué don mas excelente y soberano que este precioso don del mismo Dios? Él es el que divide los hijos del reino de los hijos de la eterna perdicion. El Espíritu Santo da otros dones, los que con todo, no aprovechan sin la caridad; y por esto, si no se nos da el mismo Espíritu de tal manera que nos haga amantes de Dios, y del prójimo, no pasamos de la izquierda á la derecha: y así por el amor, es con propiedad, llamado el don de Dios; y si no tenemos este amor, aunque hablásemos todas las lenguas de los hombres, y de los mismos ángeles, seríamos como un metal que suena, ó

(1) Rom. V. 5, D. August. De Trinit. L. 15. c. 17. n. 31.

cual campana que tocamos. Con el don de profecía, y el de penetrar todos los misterios, y poseer todas las ciencias; y tener toda la fe, de manera que trasladásemos los montes de una á otra parte, seríamos nada, si nos faltara el amor. Y sin él de nada serviría la distribucion de todos nuestros bienes en limosnas á los pobres, y el entregar á las llamas todo nuestro cuerpo. (1)

¡Cuán excelente y soberano bien es, por lo mismo, la caridad, sin la que, las gracias referidas no nos conducen á la vida eterna! Mas al contrario, dad que no hablemos las lenguas de los hombres, ni seamos profetas, ni penetremos los misterios, ni tengamos ciencia, ni demos nuestros bienes á los pobres, ya sea por no tenerlos, ó bien que no podamos: que no entreguemos nuestro cuerpo á las llamas; mas tenemos caridad, con ella lo tendremos todo.

Por lo mismo, el amor, que procede de Dios, y es Dios tambien, es con propiedad el Espíritu Santo, por quien se derrama en nuestros corazones la divina caridad, por la que, habitan en nuestra alma las tres divinas personas. (2)

La sagrada persona del Espíritu Santo procede del amor de todas las cosas que están formalmente en Dios; del amor de la esencia, de los atributos, y de las personas; y juntamente, (concomitanter) del amor de las criaturas futuras; mas de ninguna suerte del amor de las que sólo son posibles. Manifiéstase lo dicho, considerando que el Espíritu Divino procede de un amor perfectísimo, cual es el de todas las cosas que formalmente están en Dios. Además, esa procesion

(1) I. Cor. XIII. 1, 3. (2) D. August. cit. n. 32.